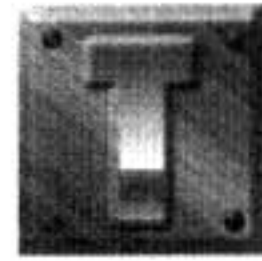


2002, año de balance y realidades...

Josefina Hernández Téllez



Terminó un año más y nuevos retos y lista de deseos llenan la primera página de las agendas: queremos ser más disciplinadas, deseamos ser reconocidas, anhelamos ya no sólo salud y amor sino sobre todo dinero para ser más dueñas de nosotras mismas, por supuesto pedimos conservar nuestro trabajo y si se puede conseguir uno mejor...

En fin, la lista podría ser interminable e iría de lo simple, lo cotidiano, a lo inalcanzable, a lo imposible, porque se dirá lo que se quiera pero la realidad es que las mujeres deseamos muchas cosas no sólo al inicio de año sino cada día -por ejemplo, que podamos ser reconocidas sin que esté de por medio el cuerpo, o tan llano como poder viajar en transporte colectivo sin que nos estén acechando miradas, o manos, listas para hostigarnos-, porque da la casualidad que en países como el

nuestro la ansiada equidad a veces suena a quimera.

Con el riesgo de ser pesimista la verdad es que a pesar que desde la campaña de 1988 por la presidencia, las mujeres empezamos a formar parte del botín electoral de los partidos gracias a aquel visionario neoliberal inoerable (CSG) que lanzó un lema: ¡Que hablen las mujeres!, de entonces a la fecha el lenguaje y los objetivos políticos han incorporado nuevos conceptos como equidad de género, violencia familiar y hasta aborto, pero los logros y avances son desiguales y desproporcionados para las mujeres de este país. A imagen y semejanza de la distribución de la riqueza en nuestra sociedad: pocos, muy pocos, supermillonarios, contra muchos, la mayoría, pobres, para ser exactas en extrema pobreza.

Pues si bien es cierto que de tres décadas para acá se ha roto el silencio en algunos aspectos, en otros seguimos calladas y mudas ante el embate de la pobreza, la urgencia por sobrevivir, las drogas, la prostitución como única alternativa, el narcotráfico, el abandono no sólo personal sino social al no existir políticas públicas acordes con las necesidades de esta mitad de la población.

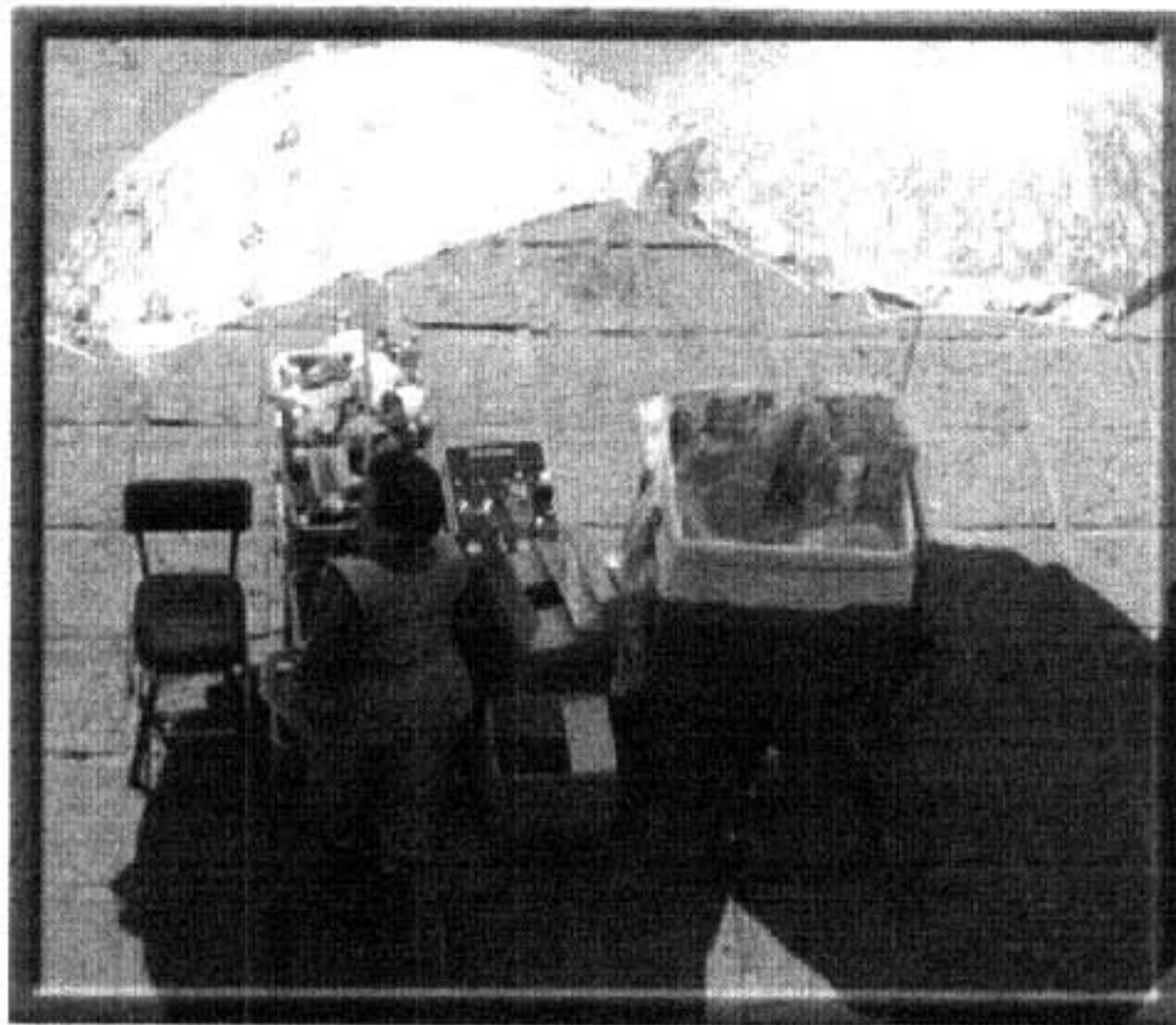
Hay que recordar que en nuestro país empezando la década de los ochenta se hablaba de "ajustes" financieros, fiscales y recortes presupuestales. Poco a poco la palabra "crisis" fue convirtiéndose en la palabra común y favorita para describir qué nos estaba pasando en los ámbitos macro y micro.

Fue entonces cuando vimos crecer el sector informal de la



Rotmi Enciso

economía y sobrevivimos como se pudo. Contra este enorme esfuerzo que sacrificaba el bienestar interno del país en aras de intereses y compromisos del exterior, los de afuera, las agencias internacionales se congratulaban y nos felicitaban por ser el país "muestra", el "alumno brillante" de sus políticas restrictivas y sacrificadas.



Rotmi Enciso

Un cuarto de siglo después pagamos el costo en cada esquina con miles de niños expulsados de familias desintegradas por falta de expectativas, con una degradación social paulatina que ha transformado para mal nuestras costumbres y tradiciones, con una industria pujante del secuestro, con una violencia intrafamiliar campeante, con una corrupción que permea la administración pública de los bajos a los altos mandos, con una pauperización progresiva de nuestra clase política, con una inseguridad cotidiana y, por supuesto, con una red consolidada de tráfico de drogas que hoy ya no sólo surte al exterior sino tienen un fuerte mercado interno de consumo.

En todo este mosaico que conforma la dura realidad las paganas han sido básicamente las mujeres. Hoy se alardea que estamos en todos los frentes productivos, y eso es cierto. Ni dudarlo, hemos demostrado disciplina y capacidad, pero, el único pero, es que no salimos masivamente por iniciativa propia, por preparación o convicción sino por una necesidad de sobrevivir. Y es justo en esta "pequeña" diferencia donde se encuentran los matices de nuestra integración al ámbito público, pues carecemos de elementos para exigir

mejores condiciones y mejores salarios. Pocas, todavía, son las que han llegado a los puestos de decisión y esto tiene relación con su origen social, familiar y de relaciones (léase a Anna Fernández Poncela en *Mujeres en la élite política*).

Por esto llegado el final de un año más hay que revisar de nuevo lo que dice el discurso sobre los avances de las mujeres en nuestro país, el leer sobre la equidad, las mujeres, la perspectiva de género, etcétera, no equivale a que hayamos alcanzado mejores condiciones en general, recordemos a las indígenas, las trabajadoras domésticas, las obreras, las maquiladoras, las ambulantes, y muchas otras de otros sectores, para saber que nuestros logros son flacos e insuficientes.

Este nuevo año, el 2003, no es tiempo para echar las campanas al vuelo, aunque contemos con diez o veinte mujeres notables en política, y menos en otros ámbitos, porque somos poco más, poco menos de 50 millones, de diferentes edades, clases sociales y, por tanto, necesidades. Es tiempo de reconocer la diferencia hacia adentro, hacia nuestra composición, para acabar con espejismos y falsas ilusiones: las mujeres de este país, junto con sus hombres, tenemos un largo trecho por andar.

Rotmi Enciso

